



Dib. GARRIDO.—Madrid.

—Pero, hombre, ¿cómo se te ha ocurrido comprar trinchera a los niños?
—Si no se la he comprado. Es que dejé la mía en el comedor, junto al trinchero, y han hecho cría.



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)


Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A., Apartado 605. Habana

Agente exclusivo en Puerto Rico: D. Manuel Mocete Padilla (Ponce)

REDACCION Y ADMINISTRACION


Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142




PAPEL
DE
FUMAR
BAMBU



LOS TAMOS
POLVO INSECTICIDA
LEYER & COMP
SON INFALIBLES PARA LA DESTRUCCION DE TODA
CLASE DE INSECTOS



SECCIÓN RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

73.—¿Por qué le detuvieron?

RIO RIO
NOTA
Q
FAMOSO

74.—De una poesía algo vieja.

Cuerda NOTA VION Acero
Escaño
500
G
VION VION
ONINCO Q CAPITAL - H
.....

75.—¿Qué bien salta el mozo!

:: QUE ::
REMO JOTA
RAS

76.—¿Cuántas obras habrá?

11100050
VINO ESPUMOSO
EEEEEE

ALBERTO

Pulseras de pedida
7, CARRETAS, 7

77.—¡Maldito usurero!

AMEN
NO VIL TA

78.—Canción.

LANCHA LISTA
A

79.—Hay que conformarse.

EEE Huesecillo EEE
100
CEREMONIA

80.—CHARADA

Aunque espanta su dos *tercia*,
y era el terror de *dos tres*,
Prima, en el fondo, es muy bueno.
Sólo la *todo* mala es.

81.—CHARADA

¡Que yo sea *prima dos prima*!
Deja hombre, que *dos tres cuarta*.
No vuelvo a ir nunca de *todo*.
Es una fiesta que me harta.



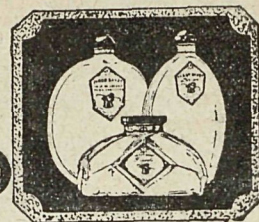
El viajero.—Me pide usted treinta pesetas por la habitación y usted me escribió que las tenía de diez y veinte pesetas.

La patrona.—Bueno; ¿pues cuántas pesetas son diez y veinte?

(De *The Passing Show*, Londres.)



**COLONIA
LOCION
FIJAPELO**



Varon Dandy

**LO USAN LOS
Sportmans**



PERFUMERIA
PARERA

El legítimo «Varón Dandy» sólo se vende embotellado. A granel, es siempre falsificado

LA HORRA

presenta las últimas
novedades en som-
breros para señora y
niña, para la presente
temporada.

FUENCARRAL, 26.—MONTERA, 15

Los viernes se regalan globos a los niños.

SORTIJAS DE SELLO

Vende las mejores la casa SANJURJO, de oro de ley des-
de 9 ptas.; chapadas en oro desde 3, grabadas en el acto.
Envío a provincias remitiendo medida, importe y franqueo.
Santo Domingo, número 5. Madrid.

TAPAS para encuadernar colecciones
semestrales de

BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho
semanario al precio de 3 pesetas una.

Se remiten certificadas si al enviar el
importe acompañan 0,30 ptas.



—¿Qué harías tú si te tocara un millón de pe-
setas?

—¡¡Nada!!...

(De Everybody's Weekly.)

Ayuntamiento de Madrid

CHARLAS DOMINICALES



ECTOR: ¿te ha tocado el gordo?

Supongo que no, y me alegro.

Sí; porque a lo mejor cobrabas el premio y se te ocurría llevar el dinero a *La Gaceta del Franco*.

Nada, nada: es preferible que la Lotería no te haya favorecido con sus dones, sus millones y sus complicaciones.

¡La Lotería!...

¿Sabes tú acaso, lector vicioso, la historia de la Lotería?...

¿No?... ¡Ah, pues la vas a saber!... Te servirá de consuelo, de entretenimiento y, quizás, de escarmiento para lo futuro.

Desde tiempo de los romanos (años antes de Cristo y meses después de Pepe La Morena) se conoce juego tal.

Los *capicúas* se conocieron en la que iba a ser patria de Mussolini, mucho antes de Vespasiano, Tito y Compañía.

A la salida del circo se entregaban al pueblo unas *chapas* lotéricas, debidamente numeradas (parece que lo estamos viendo).

También hoy se dan, a la salida del Circo, *contraseñas* especiales.

Pero aquellas *chapas* debían ser cosa distinta. Acaso *chapas* del "Guardarropa" para el sorteo de clámides y togas... (Se lo preguntaremos al señor Ossorio y Gallardo.)

La Lotería fué, por tanto, conocida por Nerón. Y hasta dicen que cuando a este Emperador no le *tocaba* algo, armaba un Tiberio que... ¡ríanse ustedes de Caracalla!

¡Y vamos adelante!

Acabada la suerte del Imperio Romano, aparece en la Historia el medioevo. Y también se juega en la Edad Media. (Por lo visto esto de jugar es propio de todas las edades.)

No sólo "el señor feudal", sino "el trovador", la castellana y hasta la prolongación de la castellana, solían tomar

participaciones en casa de Doña Manolita.

Consistían entonces los "premios" en tierras de labor, castillos, alcázares y aldeas enteras. (Sorteo de Navidad, con "nacimiento" y todo). El *gordo* era, muchas veces, un magnífico palacio. Y los agraciados con la *aproximación* tenían derecho a ocupar la cuadra o la cochiquera coindante... ¡Muy divertido todo esto que nos cuenta la crónica medioeval en sus Tratados de las Tafurerías!...

Las repúblicas venecianas también jugaron lo suyo. (Lo suyo y lo de sus clientes comerciales, a los que solían abrir en canal.)

La ciudad de los *dux* fué aficionadísima a la Lotería; numerosas "Administraciones" se veían en la plaza de San

Marcos. Y aun hoy debe quedar alguna (San Marcos, 17).

Esta época *renacentista*, siempre tan elogiada, fué muy amiga del bombo. (¡Ya se conoce!)

Todos la vemos *bombeando* en exceso, aunque no todos hemos dicho que los Borgias, entre otras venenosas pasiones, tenían la de quedarse con todas las *series* devueltas de provincias, que a la perla del Adriático llegaban. Sus amigos *acaparaban* los *billetes* sobrantes y no quedaba ni un solo vigésimo para ser *revendido* por los *golfilanti* o por los *gondolieri*...

Llegada la Edad Moderna, el vicio nacional se aclimata definitivamente en España.

Carlos Tercero, después de expulsar a los jesuitas, por lo que algunos le llamaban "Tercero de la izquierda", dió muestras de favor religioso creando la Lotería llamada "beneficiata", por dedicarse su producto al sostenimiento de Hospitales y Ordenes monásticas. El dinero de los jugadores no *arrepentidos* iba a parar a las "Arrepentidas". ¡Claro que desprovisto del olor a *ambos* y *ternos* (¡sobre todo, *ternos*) característico de aquella *recaudación*. (¡Pobres monjitas!)

En tiempos de Carlos IV sigue en auge la renta obtenida por tan *moral* procedimiento.

Y así, hasta nuestros días.

En nuestros días, y en nuestras noches, la Lotería de *cartones* aficionó a las gentes de tal modo a la *aproximación* y al *bombo*, que allí puede decir que nació el *premio grande*, y muchos *chicos*.

La obsesión española por este único juego que nos queda es evidente.

Pero sería injusto decir que hemos sido en el correr de los tiempos los únicos *aficionados*.

Desde la mujer de Lot (que fué la primera Lotera, y la de *más sal* que recuerda la Biblia) hasta los actuales *aemanes* que se juegan la *caspa* en



Dib. SILENO.—Madrid.

Hamburgo (célebre por sus salchichas y sus *extracciones*), nadie ha dejado en el Mundo de echar su cuarto a *capicúas*.

Pero yo confío en que lograremos desarraigar tan feo vicio.

Y para ello escribo este articulo, recién verificado el sorteo.

Hablar de Lotería *al día siguiente de su gran fiesta* es de un efecto desconsolador para aquellos que se quedaron sin premio.

—¡Vaya usted a... donde sea; y la Lotería también!—dirán los tales.

Y eso es lo que nosotros queríamos conseguir.

LUIS DE TAPIA

Peleterías Zumel-Carmen, 7

Castañeteo curioso

De sujetos caprichosos y maniáticos hay plétora. Uno de ellos es don Casto Castañón y Castañeda; y como se hallan de moda las *interviús*, una extensa celebré ayer con mi amigo, que me habló de esta manera:

—Nací en Castañares, el mil ochocientos noventa, debajo precisamente de un castaño de Indias. Era mi padre actor. Se lucía representando en las ferias

“García del Castañar” y, además, “Las castañeras picadas”, más “El señor Castaño”, aquella zarzuela que usted estrenó y que Emilio Mesejo en remota fecha representaba. Mi madre *regentaba* en las Peñuelas un puesto de asar castañas, gritando: “¡Cuántas, que queman!” De un Castañón, pues, y de una distinguida castañera, castañófilo rabioso tuve que salir por fuerza. —¿Cómo—le dije—te agradan más las castañas? Contesta.—Y me respondió:—Las como lo mismo crudas y frescas que pilongas, que cocidas con anís (si así se terciá) o que asadas, ya en sartén o ya en olla, que están buenas. Pero como más me gustan (y como unas castañuelas me ponen) es convertidas en eso de “La Mahonesa” que lleva *marrón* por nombre y por apellido lleva *glacé*. Me dirás que para poder comprar una pieza de tal manjar es preciso vender primero unas tierras o un hotel; pero se chupa los dedos el que las prueba. —¿Me estás dando la castaña con tanto como ponderas el marrón?—pregunté a Casto, y él me dijo:—¡Así se vea mas *quemao* que las castañas que suele asar la Manuela, y luego *mondao*, quien niegue que mis palabras son ciertas!...— No habló más mi casto amigo Castañón y Castañeda... y hoy, por ser cosa curiosa, va mi pluma y os lo cuenta.

JUAN PEREZ ZUÑIGA

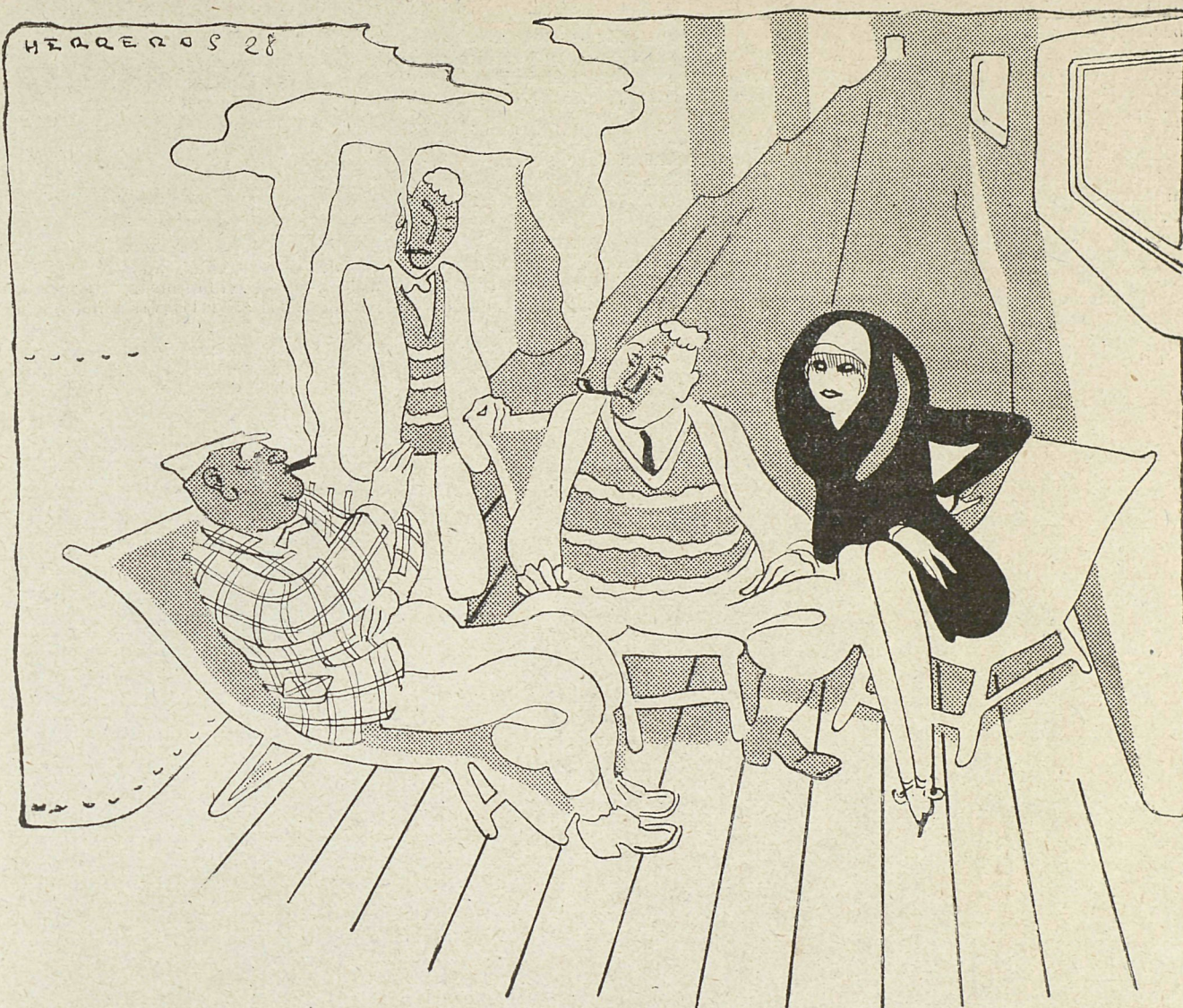


—¿Conque usted quiere dedicarse al reporterismo?
—Sí, señor.
—¿Y conoce usted bien el oficio?
—Perfectamente. Ya he pedido cien pesetas al administrador.

Dib. SIMÓN.—Madrid.

BRILLANTINA **EMILMAT**

LO MEJOR CONTRA LAS CANAS



Ella.—El viaje de boda que ahora voy a emprender es el tercero.

El.—Supongo que será el último.

Ella.—¡Qué egoísta eres!

Dib. HERREROS.—Manrid.

Información telegráfica de “Buen Humor”

Noticias de Provincias y del Extranjero

SUICIDIO MORROCOTUDO.—Chicago, 23.—El ciudadano chicaguense Godofredo Huntington, habitante en la calle Randolph, 78, piso treinta y seis, trató ayer de poner fin a sus días arrojándose por uno de los balcones del mencionado pisito. Parece ser que Huntington es un hombre en exceso distraído y, por efecto de esa distracción, se había olvidado de pagar al casero los nueve últimos meses; y al pretender refres-

carle la memoria el noble propietario del desarrollado inmueble, surgió el drama, y el pobre Godofredo no encontró más solución que lanzarse al éter desde la baratísima vivienda. Lo raro fué que, al recogerlo del suelo unos paternales guardias del pito, observaron que estaba ileso y tan fresco como antes del suicidio.

Esto requiere una explicación.

Hemos dicho que la casa de Hun-

tington estaba en el piso treinta y seis, pero también estamos seguros de haber manifestado que Huntington era bárbaramente distraído. Y, ¡claro!, él pensó tirarse por el balcón, pero lo pensó en la puerta de la calle y tuvo la ocurrencia de tirarse antes de subir al piso.

Y gracias a esto (a lo cerca que estaba la calle de la puerta de la calle), Godofredo Huntington sólo resultó con ligeras erosiones y con

un ligerísimo conato de rabia por haberlo hecho tan mal.

La víctima verdadera de este suceso es el casero, que no solamente ve que le deben el noveno mes, sino que ahora tampoco le van a pagar el décimo.

Mala suerte se llama esto entre las personas civilizadas, porque es de suponer que el casero se hubiese conformado con no cobrar, pero con la condición de que el inquilino "hubiera caído" de verdad.

¡Pero, nada; está visto que ni con la muerte se puede jugar, con esperanza de sacar algo!...

TRES ATROCIDADES TRA-

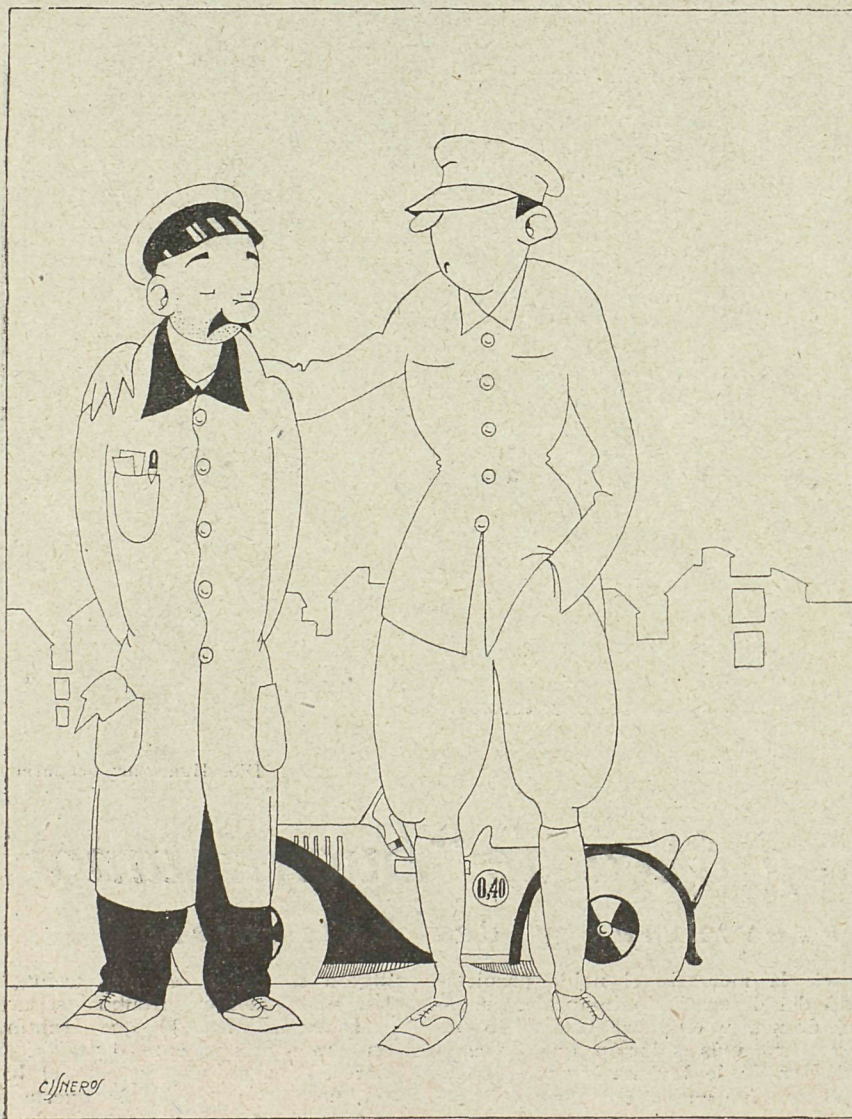
GICAS.—París, 23.—En el espacio de muy pocas horas acaban de ocurrir en esta extensa y cómicolífica población tres desagradabilísimos sucesos que, por la calidad de las personas que en ellos han intervenido, están dando mucho que hablar y bastante que sentir. El elocuente ex diputado orleanista monsieur Forget ha sido operado, con muy mal éxito, de un cáncer en la lengua; la distinguida esposa del dramaturgo Jacques Pince ha fallecido al dar a luz dos gemelos, y, finalmente, el opulento banquero Pedro Lagrange ha sorprendido a su mujer en compañía de otro banquero amigo, haciendo no sabemos si un asiento o un balance,

y se ha vuelto loco de la impresión recibida. Estas tres noticias han sido transmitidas por la Agencia Havas, o han sido por Havas contadas a todos los periódicos del mundo; pero como al primer suceso se le ha puesto el título de "Cáncer", al segundo el de "Géminis" y al tercero el de "Capricornio", hemos creído conveniente aclarar esto para que nuestros lectores no echen la culpa de lo sucedido al Zodíaco ni a la influencia de las estrellas, aunque suponemos que los voluptuosos compradores de BUEN HUMOR, debido al escaso interés que para ellos tienen estos acontecimientos, se limitarán a decir: a mí, "piscis"!, y doblarán la hoja tranquilamente.

Y si alguno no la dobla y, consciente de su obligación de ser lector, dice: "leo", reciba la expresión fulminante de nuestro perpetuo agradecimiento. De éstos entran pocos en "libra".

INCENDIO EN UN BUQUE.—

Nápoles, 23.—El miércoles pasado llegó a este puerto el vapor "Mussolini" con un imponente cargamento de alcohol. Al principio, nadie notó en el barco fascista nada anormal; pues aunque entró cabeceando, la gente lo encontró natural por venir cargado de alcohol, como ya hemos dicho. Sin embargo, pocos momentos después el capitán daba la voz de ¡fuego!, produciendo formidable alarma, pues, como ya se sabe cómo las gastan los fascistas, los napolitanos creyeron que ese grito era para empezar a tiros con la población. Deshecho el error, se supo que el



—¿Y tú dónde tienes el punto, Eulogio?
—En la i.

Dib. CISNEROS.—Madrid.

OROCREMA ALMENDRAS

EL JABÓN POPULAR
EMBELLECE LA PIEL



buque venía con un incendio de órdago a la grande, siniestro que se inició en alta mar y que no pudo combatirse por la falta de agua. Organizados los trabajos de salvamento, bien pronto se vió que resultaban ineficaces y estúpidos, dada la magnitud de la catástrofe.

Por fortuna, a los dos minutos el barco empezó a hacer agua, y cuando ya había hecho la que hacía falta, se pudo con ella atajar el voraz elemento e impedir que se propagase el fuego a toda Italia. Las pérdidas son de gran consideración. El alcohol se ha inutilizado en su totalidad, y para mayor dolor se ha perdido el casco.

El "Mussolini", lo mismo que los demás vapores que se dedican a llevar alcohol, estaba desde el año pasado asegurado de incendios, aunque, por desgracia, desde hoy ya no lo estará más.

PROBABLE DIVORCIO.—Barcelona, 23.—Doña Marina Cadafalch, esposa del eminente tocólogo Jaime Puch, ha presentado demanda de divorcio contra su acreditado marido.

Doña Marina acusa a su cónyuge de haber salido una noche a horas desusadas con intención de asistir a una cita pecaminosa. Y afirma que al increparle, diciéndole: —¡Y tú, que obligación tienes a estas horas para abandonar tu hogar?—, contestó el ilustre comadrón:

—¡Marina! ¿Yo? ¡Parto!...

Se desconfía de ponerles de acuerdo.

EJECUCION DE UNA FAMOSA CRIMINAL.—Habana, 23.—Ayer ha sido ejecutada, como si fuera un pasodoble, la famosísima criminal criolla Tula Pampanga, cuyos crímenes están en la memoria de todos los que no se hayan olvidado de ellos.

Esta excepcional delincuente nació en Pinar del Río y fué enviada por sus padres a Matanzas para que se dedicase al servicio doméstico. Asestó en una sola noche a toda la familia a quien servía, que por cierto no pudo quejarse de no ir bien servida. Con un coco machacó la cabeza al cabeza de la familia, a su esposa y a un primo que había ido a pasar allí unos días sin saber que lo iba a pasar tan a disgusto (y que fué asesinado porque era un primo, que si no, no lo hubiera sido). A los niños les perdonó la vida, limitándose a asustarlos con el coco; pero, en cambio, arrojó a un estanque al portero de la finca, y abrió el vientre con una navaja de afeitar a un negro cimarrón, hijo suyo, cuando quisieron detenerla en su huida, absurdo inexplicable, porque lo lógico hubiera sido abrir al portero y darle

el baño al negro que, como todos los de su raza, estaba bastante sucio. Para horror el rastro de su delito, prendió fuego al Ingenio, y, para disimular, fué ella misma a avisar a los bomberos, que, por cierto, vinieron en "mangas" de camisa... Declaró, estrechada a preguntas, que había cometido los crímenes porque no tenía otra cosa que hacer y se aburría mucho.

Se recuerda también que, de re-

sultas del espantoso delito, los huérfanos de las víctimas, al ver que no tenían ya Ingenio, se dedicaron a escribir para el teatro.

Por la inserción de los telegramas,
ERNESTO POLO

Peleterías Zumel-Carmen, 7



Dib. CASERO.—Madrid.

El del hongo.—¡Vaya un día de frío que hace hoy, ¿eh?!

El otro.—No; al contrario, hace un tiempo delicioso.

A un dramaturgo descariado

Fulánez, haces mal. La muchedumbre tiene tendencias a estragarse el gusto y más que con el arte verdadero disfruta revolcándose en lo inmundo. A los tranquilos goces del espíritu prefiere la algazara y el barullo, contorsiones y descoyuntamientos más celebrados cuanto más absurdos. Halagarla es un crimen. Permitirla que, en lugar de seguirle, marque el rumbo, es concederle autoridad y fuerza que no debe tener, que nunca tuvo. Convertir las personas en muñecos, desquiciar a sabiendas los asuntos, es demandar aplauso y carcajadas con vanidad pueril; rendirse al lucro. El que impone su gusto es el que triunfa... ¿Cómo podrá satisfacerte el triunfo que logres sometiendo a las masas que con razón te probarán que es suyo?

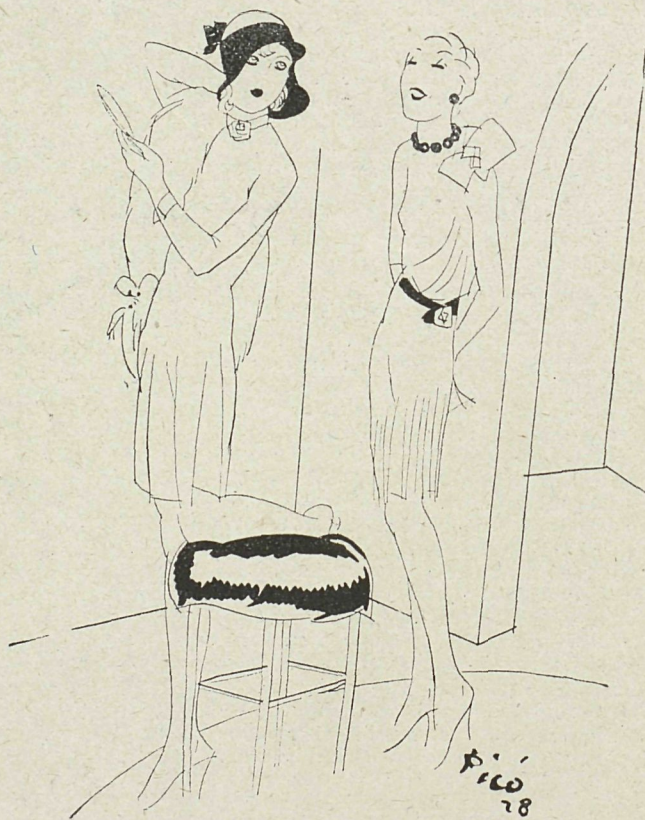
El autor, en la escena, debe ser el señor, dueño absoluto que sale a dominar con el ingenio, no a demostrar su adulación al vulgo. Cuando éste se extravía, cuando toma caminos tortuosos e inseguros, hay que intentar salvarle, aunque el intento se pierda entre silbidos y murmullos. En la brecha, Fulánez, ponte, y lucha siempre con bríos, sin cejar un punto, y pinta caracteres y pasiones, y huye de simbolismos y de trucos. Y si nada consigues, si te arrolla la omnipotente necesidad del público, vuelve firme a la carga y no te apures que otro vendrá detrás, y luego muchos...

X. X. X.



—Mis antecesores todos han muerto por la garganta.
—¿Laringitis?
—No. Garrote.

Dib. NEMO.—Isla misteriosa.



—Tengo un marido insoportable. Sólo piensa en animales; ayer se le murió un perro y lo mandó disecar.
—Seguramente no sería capaz de hacer lo mismo contigo.

Dib. PICÓ.—Madrid.

UNA OBRA DE ARTE

Cuando conocí a Cecilio Recuero, éste había ya traspuesto esa curva que unos llaman "edad del pavo" y otros primera juventud. Alto, delgado y muy esbelto, sabiendo mostrar al sonreír sus incisivos blancos y firmísimos, hubiera pasado fácilmente por el prototipo del hombre feliz. Negociante en curtidos y, más tarde, acaparador de pieles de foca, Cecilio poseía dos fábricas cuyo rendimiento anual venía a calcularse en cincuenta mil duros de producto líquido, líquido que, dicho sea de paso, es el más nutritivo que existe, aunque pretendan demostrar otra cosa los fabricantes de leche condensada.

Cecilio Recuero unía a todas estas cualidades la de ser un hombre rumboso y amigo de proteger al necesitado. Este loable motivo fué el que le impulsó seguramente a hacerse retratar por Reynaldo Terán, pintor apenas conocido y que envenenaba su existencia ingurgitando drogas tóxicas y vermús con anchoas.

Yo vi el retrato expuesto en el escaparate de una pescadería, y he de confesar que me agradó bastante. Sin embargo, no todo el mundo fué de este parecer, ya que los críticos se pronunciaron muy en contra. Meses después, al fallecer Reynaldo Terán en medio de la miseria más espantosa y a consecuencia de una intoxicación producida no se sabe si por el vermú o por la morfina, los mismos críticos opinaron muy formalmente que aquel cuadro constituía una obra maestra de la pintura contemporánea, y propusieron al Gobierno fuera adquirido con destino al Museo.

Así se hizo, y el acto del traslado desde la casa de mi amigo a una sala especial donde quedó instalado, hubo de revestir solemnidad inusitada. El ministro de Instrucción pública pronunció un elocuente discurso ofreciendo todo su apoyo para todo aquello que fuese a redundar en beneficio de la cultura patria, y ensalzando la memoria de Reynaldo Terán, gloria de la pintura nacional, muerto prematuramente para duelo del Arte y de varios fabricantes de aperitivos.

Cecilio Recuero dejó bien pronto de ser Cecilio Recuero para convertirse en "El caballero de la mano en el séptimo espacio intercostal", nombre con que era designado el cuadro famoso. Poco a poco le fueron despojando de su nombre de pila y sustituyéndolo por aquel con que se había elevado a las regiones de la Gloria. Y esto en las cartas, en las tarjetas de visita, en el recibo del inquilinato, en la cédula personal...

Pero eso hubiera sido lo de me-

nos. El pobre Cecilio tuvo que sufrir mucho más: quiso afeitarse el bigote, y la Academia de Bellas Artes, reunida en sesión extraordinaria, al tener noticia de una determinación que mermaría el asombroso parecido, protestó tan ruidosamente que mi amigo se abstuvo de hacerlo. Le obligaron a llevar siempre cuello de pajarita y a no desprenderse jamás de aquel alfiler de corbata, representando un elefante con un aro en la

trompa, y que tanta admiración causaba a los pequeñuelos a quienes sus padres llevaban a contemplar el lienzo inmortal. Fué poco después cuando el profesor Stronhingg, de la Universidad de Baltimore, publicó un libro de ochocientas treinta y seis páginas para exponer su teoría de que aquella pince'adita puesta sobre el ojo derecho del retratado no era un descuido del artista, como creían muchos, sino que había sido sabia-



—Los vizcondes tienen en el "hall" cuatro candelabros de plata magníficos.

—¡Ya ves, una familia que siempre ha estado a dos velas!

Dib. SANTILLANA.—Madrid.

mente puesta para dar a la vista cierta expresión oblicua. Cecilio Recuero tuvo que proveerse de unas gafas especiales que desviaron su retina hasta el punto preciso. Más tarde le obligaron a teñirse las canas y a someter su rostro a la acción del masaje eléctrico para que le desaparecieran las arrugas. Sufrió intensamente, y su carácter, alegre y fran-

cote, hubo bien pronto de tornarse huraño y excéntrico.

Hasta que una mañana, cuando nadie podía presentir la catástrofe, y al hacer la limpieza de la sala donde estaba instalado el magnífico cuadro, se comprobó que éste había desaparecido. Se telegrafió la noticia a todas las ciudades del mundo, y durante semanas y semanas detectives de

muy distintas nacionalidades se pusieron en movimiento, ávidos de atrapar a los detentadores de "El caballero de la mano en el séptimo espacio intercostal". Todo inútil. No se consiguió saber nada.

Pero en el país defraudado no se podían consolar fácilmente. Era una pérdida demasiado grande para ser soportada con resignación, o para que la calmase el transcurso del tiempo y la cesantía del jefe de Orden público. Llovieron las opiniones, los consejos y los dictámenes acerca del modo de remediar aquello. Muy pronto la opinión hubo de dividirse en dos bandos: las izquierdas, partidarias de que se recuperase el cuadro, aun pactando con los ladrones, y las derechas, amigas de intensificar la labor policiaca, robusteciendo así el principio de autoridad.

Al fin, y cuando ya se había perdido toda esperanza de llegar a un acuerdo, se abrió paso un criterio. ¿No era el retratado exactamente igual a su retrato? ¡Pues entonces!... ¿Por qué no exponerle en una vitrina, en la misma sala del Museo donde estuvo antes y haciendo creer al público que había sido recuperado?

La idea fué aceptada entusiásticamente, y su autor recompensado con una Dirección general. Al mismo tiempo, y coincidiendo con un acuerdo tomado por el Consejo de Ministros para ver de aumentar el turismo—tan disminuído desde que hubo de acontecer el famoso robo—, la Prensa recibió orden de insertar telegramas haciendo saber que "El caballero de la mano en el séptimo espacio intercostal" había sido recuperado por la Policía, después de una persecución accidentada, y que inmediatamente sería expuesto de nuevo en el Museo.

Quieras o no, mi amigo Recuero fué colocado en la sala especial, recortando su rostro sobre un fondo de terciopelo azul, tocado con la corbata, el cuello de pajarita y el alfiler representando un elefante con un aro en la trompa, con que aparecía en el lienzo admirable. La luz escasa y la barandilla que impedía al público acercarse, completaban el engaño. De vez en cuando se cerraban herméticamente las puertas de la sala para que mi infeliz amigo pudiera estirar las piernas.

La estratagema surtió efecto.

Demasiado efecto; porque unos segundos ladrones, creyendo de buena fe en aquella superchería, robaron esta vez el propio Cecilio Recuero, y se lo vendieron a un anticuario de Chicago.



ENTRE CINEASTAS:

—Oye. ¿Sabes que antes de divorciarse Manolita ha obligado a rodar a Perico García?

—No sabía nada.

—¡Ah, pues sí! ¡El otro día lo arrojó por la escalera!

Dib. BRADLEY.—Madrid.

MANUEL LAZARO

El origen de una copla

*A la mar fui por naranjas
cosa que la mar no tiene;
metí la mano en el agua;
la esperanza me mantiene.*

Un escritor ilustre comentaba, hace poco, amenamente en estas "salomónicas" columnas, que ese cantar no tiene ni sentido común, ni ningún otro por el cual a derechas se interprete.

Le sobraba razón, pero yo creo que el ser así, obedece a haber sufrido grandes variaciones a medida que ha ido transmitiéndose entre las fregatrices, las porteras, cantantes callejeros y otras gentes.

Después de rebuscar en los Archivos de Alcalá, de Simancas y Tembleque, supe cuál el origen de ese cantar tan conocido fuese, así como su forma primitiva y la tragedia íntima que envuelve.

Escuchad. Sobre poco más o menos entre los siglos X y XIX, existió un pobre diablo mujeriego y truhán, cínico y terne, que de no haber torcido

su vocación vehemente fuera, de fijo, saltador famoso o un asesino célebre; mas tan brillante porvenir trucóse por lo que va a saber el que leyere.

Cuando más engolfado se encontraba en su vivir aleve, de una moza tan bella como arisca el tal se enamoró perdidamente, y en cuanto supo el nombre de la her-

[mosa (que era Esperanza Pérez) cifró ya su esperanza en Esperanza, ¡sin ver que la Esperanza estaba verde!

Ante el tenaz asedio, huyó la chica cruzando montes, valles y torrentes; aunque todo era en vano, porque el galán la perseguía siempre, seguido él, a su vez, por Manolita muchacha ex-inocente que, ardiendo en celos y añorando

[amores. la adoraba a pesar de sus desdenes.

Los tres, uno tras otro, llegaron a Valencia desde Orense en época de embarque de naranjas... ¿Vais comprendiendo ya? Pues será

[breve.

Para arbitrar recursos con qué hacer a Esperanza algún pre-

[sente, una noche se va el chaval al puerto y, cauteloso, quiere atrapar una caja de naranjas que a miles se amontonan en el [muelle; mas no logra su afán; alguien su [brazo

en el instante crítico detiene...; se vuelve; es Manolita: de ira ciega, ¡la arroja al agua do la pobre muere!

El, temeroso, escapa y en la lejana sierra se guarece: Esperanza es la única que conoce su albergue, y le lleva alimentos, apiadada de su mísera suerte.

Por eso desahogaba el desdichado su pena en un cantar, que era el si-

[guiente.

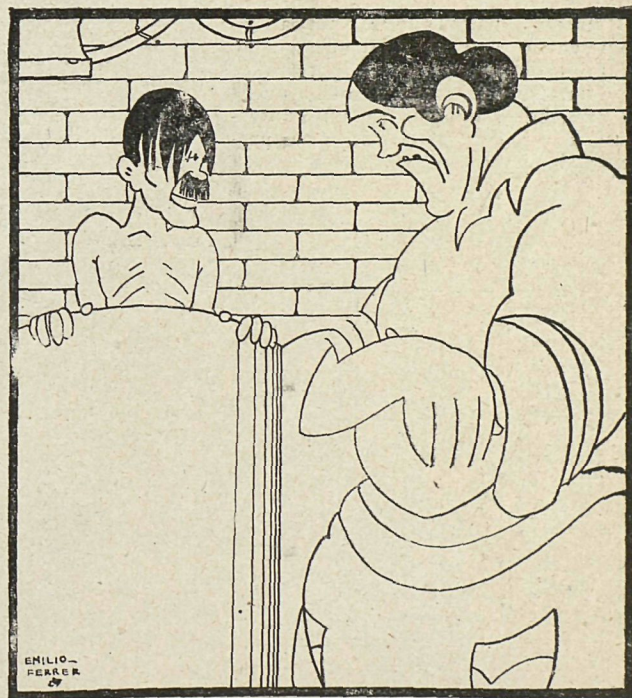
*Al amar fui por naranjas
(cosa que la mar no tiene);
metí a la Manolita en agua;
¡la Esperanza me mantiene!*

MIGUEL-A. CALVO ROSELLO



—¡Caramba! Ha muerto Juan José, y en la esquela le ponen José con "g".
—¡Claro! No estarían para jotas.

Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ.—Málaga.



—¿Pero qué hace usted aquí, bañándose en el depósito del agua que bebemos?
—¡Señora, no grite! ¿No ve usted que antes me he "enjabonao"?

Dib. FERRER.—Barcelona.

DOMINIO DEL IDIOMA

Tengo unas ganas locas de comprarme un Diccionario de la Lengua, pero estoy esperando a que se publique uno que se anuncie en esta forma:

“El mejor Diccionario publicado hasta el día. Veinte mil voces menos que todos los demás. Único que no contiene palabras inútiles o caídas en desuso. El verdadero Diccionario de las personas decentes y al natural que no tienen que consultar extravagancias.”

Este deseo se me recrudeció el otro día en mi tertulia del café, donde los temas de conversación suelen recaer sobre los siguientes asuntos:

Señoras guapas, 50 por 100.

Deportes, 30 por 100.

Toros, 10 por 100.

Política, 5 por 100.

Carestía de la vida, 5 por 100.

Pero yo no sé por qué demonios salió a relucir la otra noche el tema gramatical, y me quedé asombrado del amor propio que pone la gente en dárseles de que conoce al dedillo todas las palabras del idioma, por raras que sean.

Figúrense ustedes que andaba yo jugueteando con el dije que cuelga de mi cadena—que no es porque yo lo diga, pero dan por él ocho duros de empeño—, cuando va un contertulio y me sorprende con esta pregunta, hecha a bocajarro:

—A ver, usted que se las echa de intelectual, ¿sabe usted cómo se llama eso que tiene entre los dedos?

—Dije.

—Pues dijo usted mal. Se llama “parergón”.

—¿Quééééé?

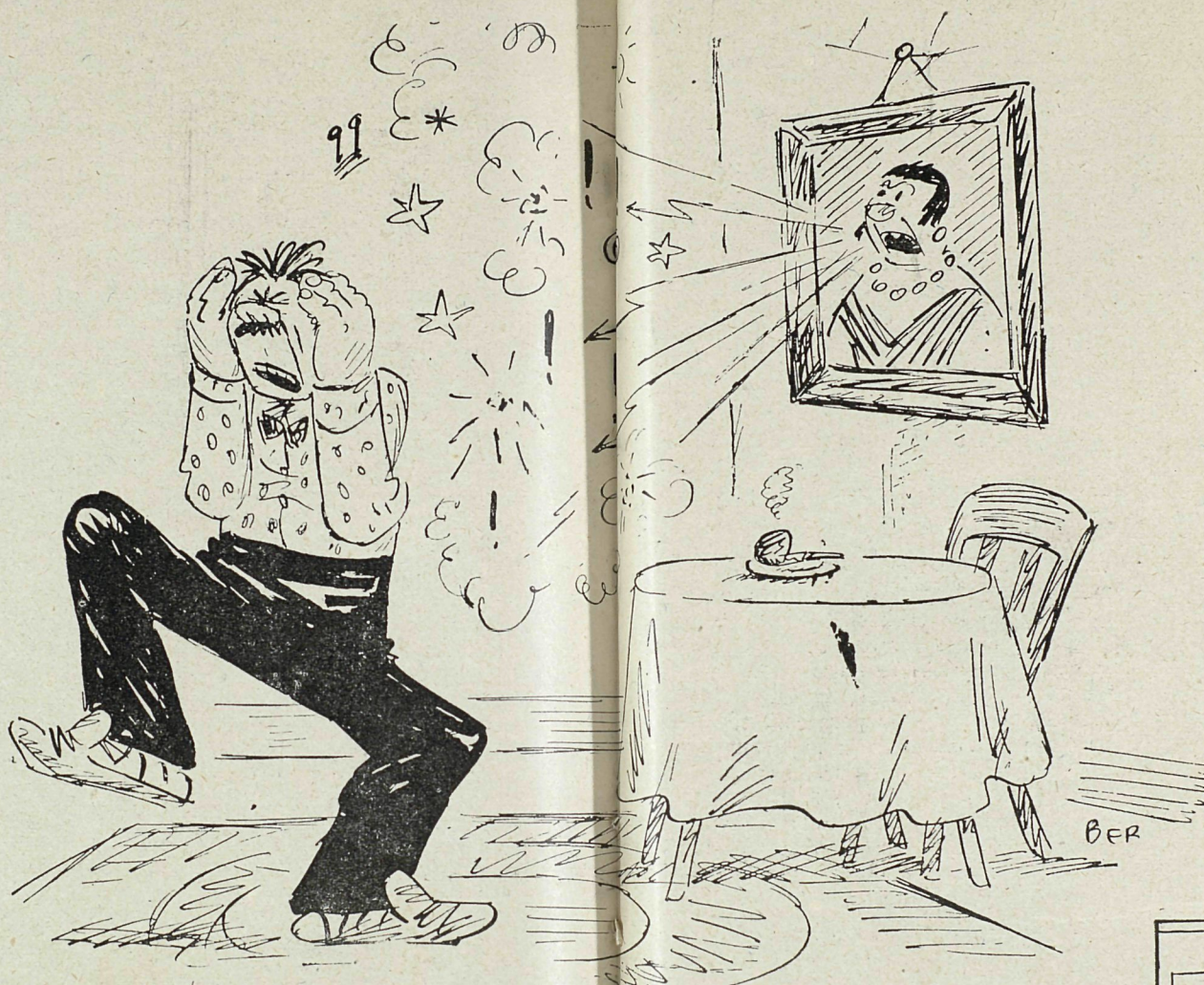
—“Parergón”, o sea el aditamento de una cosa a la que sirve de adorno.

Entonces se inflamó la tertulia en el tema gramatical, y un segundo amigo se jugó nade menos que un duro a que ninguno de los presentes sabía lo que era “inamisible”, así como suena sin la “d”.

Después de saborear nuestra ignorancia, el amigo aclaró que “inamisible” era “lo que no podía perderse”. Se armó el consiguiente abucheo, creyendo que era broma, y alguien le dijo que no había cosas que no pudieran perderse; que eso era una tontería de los filólogos, y que hoy día se había perdido hasta la vergüenza, que era una de las cosas que parecía que iban a durar siempre.

Otro contertulio sacó a relucir la palabra “ación”, escrita con una sola “c”, y

BUEN HUMOR



EL CINEMATOGRAFO PARLANTE.

—¡Dios mío!... ¡Sólo nos faltaba que las fotografías hablasen también!

Dib. BERGSTRON.—Niza.

cuando nos dimos por vencidos, manifestó que era la correa de que pende el estribo de un caballo.

También quedó muy bien el que propuso la palabra “naonato” y nos dijo que se le llamaba así al individuo que nacía en un buque, durante su navegación.

Como no era cosa de quedarse atrás, y yo no daba con ninguna palabra extraña con que causar el asombro de mis oyentes, se me ocurrió poner a prueba su perspicacia inventando unas cuantas palabras extravagantes, de mi propia cosecha, que merecían existir. De modo que me arranqué con la siguiente preguntita:

—A ver quién es el guapo que sabe lo que es “tapastre”.

¡Qué iban a saber los pobres! Después de acerlos sufrir durante diez minutos me dejé caer en la solución del enigma, diciéndoles en tono dictionaresco: “Tapastre”, dicese del conductor del tranvía que no para el vehículo cuando se lo pide un transeúnte.

—¡Hombre!—dijo uno—, pues sí que hacía falta la palabreja.

—Cinco duros—añadió con la misma seriedad de antes—al que sepa lo que quiere decir “chinchalamio”.

Nada, ni jota. Tuve que explicarles que era la espuma de cerveza que se

queda adherida al bock, después de ingerir el líquido.

—Otra palabra, “cardingo”.

¿Quién sabe lo que es eso?

Había un tertuliano que no se resignaba a pasar por ignorante, que aventuró la especie de que “cardingo” era un guiso especial de los indígenas de Madagascar; y tuve que reírme de su pretensión, explicándole que “cardingo” es el individuo que ha nacido el mismo día que uno:—“Ese señor es cardingo mío”, es decir, ha nacido en la misma fecha que yo.

Por este estilo seguí causando su estupor por mi dominio del idioma, con los caprichosos vocablos que constan a continuación:

“Zoróndolo”, individuo que no obsequia a las visitas que van a visitarle el día de su santo.

“Mijito”, el que lleva el paraguas abierto cuando ha dejado de llover.

“Seropia”, la mujer enamorada de un hombre que lo está de otra.

“Molirria”, el mal humor característico con que se despiertan los que duermen la siesta.

“Comingantes”, los que han tenido la misma novia.

“Po.in”, hombre bajito que se enamora de una mujer alta.

“Macabrase”, morirse de resultados de una operación quirúrgica brillantemente ejecutada.

“Pundión”, persona que se deja crecer la uña del meñique.

“Zotesco”, individuo de firma ilegible.

“Sanchupe”, el pelo que sale en la sopa.

“Jovito”, individuo que no contesta a las cartas que se le dirigen.

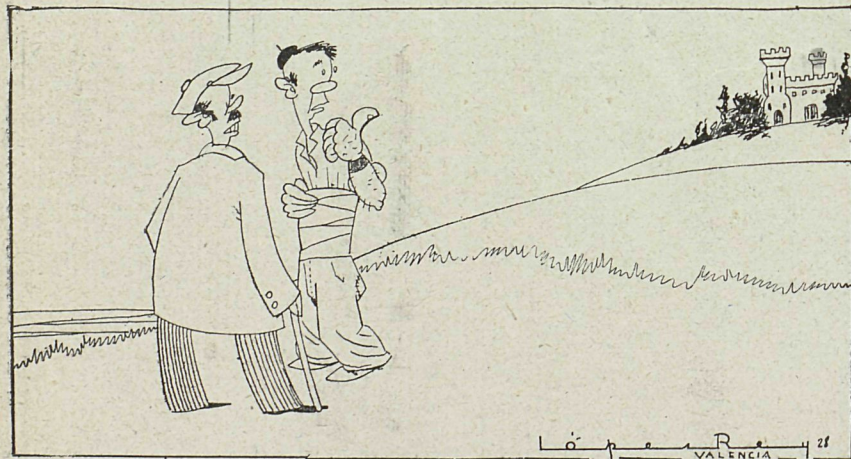
“Cutriti”, abreviatura de “he tenido mucho gusto en conocerle”.

—¡Basta, basta, por Dios!—me gritaron todos, dándose por convencidos de mi superioridad lingüística.

Y aquel día (alguna satisfacción había de dar el cultivo de la literatura), después de una animada controversia sostenida en voz baja, acordaron pagarme el café para significarme de algún modo su admiración. Y aún tuve una palabra extraña que sugerirles como propina de mi erudición:—No me gustaba ser “jalipe”, nombre con que se designa a la persona que no paga lo que toma en los establecimientos públicos.

Sin embargo, este efímero éxito no me cura la melancolía de poseer a medias un idioma que en los diccionarios está lleno de palabras que, como ciertos juguetes que venden por la calle, sólo sirven “para dar un chasco a un amigo...”

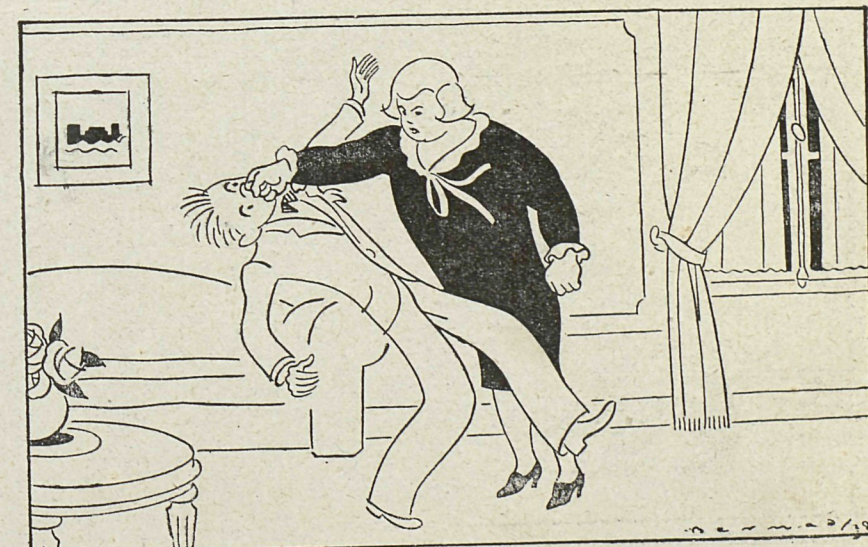
RAMIRO MERINO



—Este castillo lo hicieron unos señores muy ricos. El proyecto se debe a un arquitecto de este mismo pueblo.

—¿Se le debe al arquitecto? Parece mentira, siendo unos señores tan ricos...

Dib. LÓPEZ REY.—Valencia.



LUNA DE MIEL.

—¡Toma, bruto!... ¡Y voy a escribir a mi mamá diciéndola que me querías dar una bofetada!

Dib. BERNAD.—París.

TRAGEDIAS IMPOSIBLES

EL REQUISITO

"Se cede en inmejorables condiciones una existencia en buen uso. Inútil presentarse con buenas referencias. Seriedad. Discreción. Eternidad. Dirigirse al Este, billete falso de cien pesetas, taladrado, serie D, capicúa."

Este pintoresco y escalofriante anuncio, que apareció en "El Desmiguen", fué impuesto por Lupercio Pelegrín

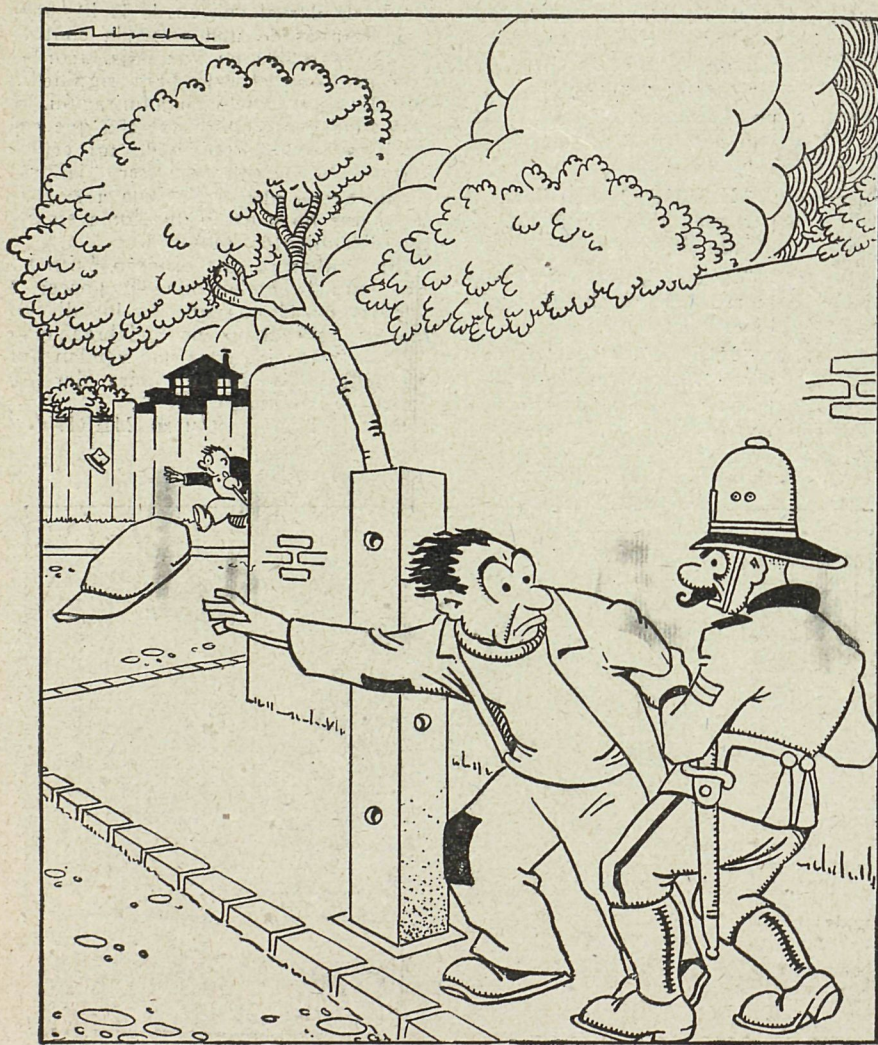
cuando determinó deshacerse de la vida como nos deshacemos de un trasto inútil e inservible. No obtuvo, como era de esperar, licitador alguno de su venta. Los hombres están muy escamados de estas gangas que se les ofrecen, y Pelegrín vió pasar los días y los meses esperando inútilmente al liberador de su pesadilla. Desespera-

do (de esperar), decidió obrar por cuenta propia y dejar abandonada su vida en cualquier accidente del terreno; le estorbaba como los guardias en las plataformas de los tranvías, como el calor en verano y el frío en invierno, como todo aquello que no es para nada necesario.

Luciano Pelegrín era un sujeto harto de saborear hasta el poso todas las dichas del vivir, como igualmente la más variada colección de desgracias habíase enseñoreado de su persona. Dichoso y desgraciado hasta los límites en que esas dos potencias se unen anulándose, comprendía que su vida era un disco gramofónico, cuya monotonía es imposible deshacer mas que dándole un cacharrazo, y Pelegrín decidió cambiar el disco. No se le ocultaba que el suicidio era algo molesto, y que, cuando se hace de verdad, no queda uno para contarlo, no tiene la vida la mera importancia de un paraguas, que, a poco que uno se lo proponga, lo perdemos; la vida es algo más serio, y es, por tanto, inútil que pretendamos librarnos de ella dejándola en un perchero o en el quicio de un portal en una noche oscura y tormentosa.

Pelegrín estuvo una semana pendiente de la sección de sucesos de los grandes rotativos; leyéndola se convenció de que en materia de suicidios no se había progresado mucho. Verdaderamente, todos los desesperados se acogían a lo ya inventado, sin intentar un avance en tan importante ciencia. El Viaducto no le convenía porque antes de entregar el alma al éter había tiempo para arrepentirse, y esto debía ser algo horriblemente monstruoso. Las cerillas las despreció por no considerarse dueño del capital suficiente para adquirir las necesarias. El sublimado era algo nauseabundo e incompatible con su hiperclorhidria. El olor de la pólvora le sentaba como un tiro. El Manzanares, una utopía china; tenía la seguridad de que al caer su cuerpo el golpe le dejaría seco.

Entonces le asaltó un ragso de ingenio. Hizo acopio de fuerzas, y cuando se consideró inexpugnable empezó



—¡Pero si no quiero huir! ¡Sólo quiero coger la gorra!

—¡A mí no me la das! Tú te quedas aquí, que ya iré yo a coger la gorra.

Dib. URDA.—Barcelona.

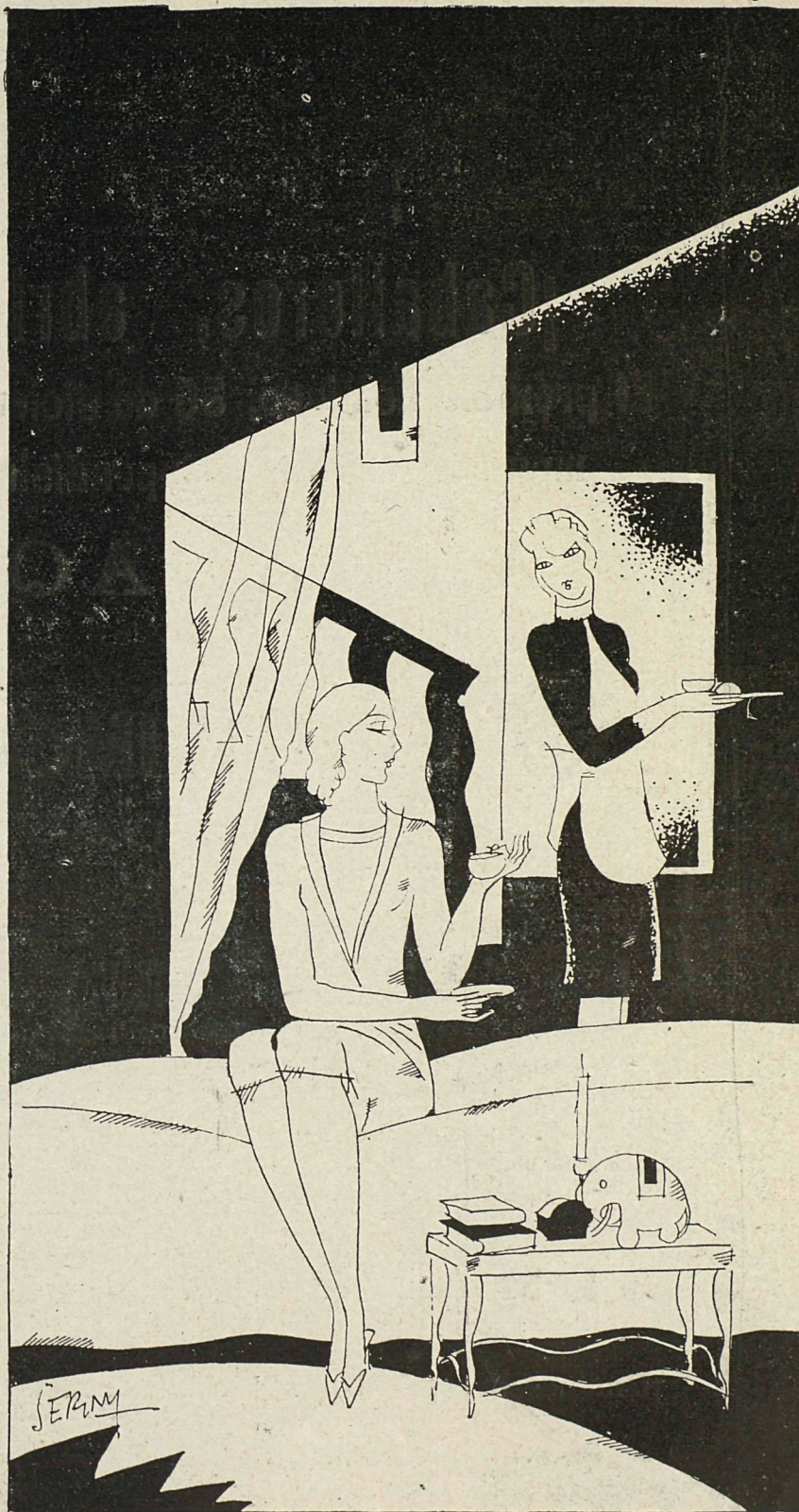
a leer las Glosas de don Eugenio d'Ors; pero su humorismo fué infructuoso; al terminar la primera se durmió, y cuando a las cuarenta y nueve horas despertóse, únicamente había conseguido que le saliese la barba. Entonces se acogió a algo definitivo: el ferrocarril eléctrico suburbano, y en un pasaje solitario se tumbó tranquilamente en la vía, a la salida de una pronunciada curva; fácilmente le sintió venir, y digo fácilmente porque eso les ocurre a los indios, y Lupericio no otra cosa hacía; le vió aparecer por la curva, y de pronto, ¡horror!, todo el convoy, dando una graciosa pirueta, se precipitó fuera de los carriles. Pelegrín se levantó de la traviesa y echó a correr a campo ídem; inconscientemente había sido el autor de la catástrofe al abandonar sobre la vía un tomo de las Glosas, que para recreo habíase llevado.

Llegó seriamente a dudar de las teorías detractoras del orden social, que aseguran que la vida es imposible de sostener. Pelegrín veía que lo que es imposible es dejarla; mas firme en su propósito destructor, columbró en la nebulosa masa gris de su encéfalo el recurso infalible, categórico, definitivo. Esperó la noche con ese ansia suicida con que se espera el primero de mes, y avanzó por la vía férrea. ¡Ah, esta vez quedaría vengado de tanto fracaso! Cuando la noche hubiera echado sus trampas y la oscuridad fuese espiritista, se colocaría tranquilamente sobre la vía y el primer tren le convertiría en harina lacteada. Súbitamente, un silbido prolongado y afónico anunció un convoy. Pelegrín se santiguó y se tumbó en la caja de la vía, que para él sería la caja de la muerte; así, pensó, les evito la molestia de meterme después de muerto. Ya distinguió el farol como un vermouthe del otro mundo; tuvo el estremecimiento definitivo, que anuncia la eternidad; de pronto, su faz se contrajo; con rápido impulso se incorporó, apartándose de la vía; un segundo más, y hubiese quedado R. I. P.

¿Qué había ocurrido? ¿Miedo, arrepentimiento quizá?

No; nada de eso. Era, sencillamente, que se había olvidado de dejar escrita la carta para el juez, y sabía muy bien que sin ese requisito es imposible suicidarse

José SEVER



—María: este año te dare un duro de aguinaldo para que meriendes a mi salud.

—Señorita, el año pasado me dió usted dos.

—Sí; pero este año ando mal de salud.

Dib. SERNY.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

¡Caballeros, abrigarse!

**El próximo domingo, 30 de diciembre, echare-
mos a la calle el estupendísimo número**

ALMANAQUE

DE



BUEN HUMOR



PARA 1929

Cuentos, artículos, aleluyas, versos heroicos, caricaturas y dibujos para tumbarse de risa durante trescientos sesenta y cinco días consecutivos. Un verdadero portento de gracia e ingenio. Cuarenta y ocho páginas a todo meter; ocho a todo color; las firmas de más postín; los prosistas satíricos más ilustres, los poetas cómicos más egregios; los caricaturistas y dibujantes humoristas más excelsos. Lo mejor de lo mejor. Ríase usted de todo lo publicado hasta el día, que eso es nada comparado con lo que va usted a tener que reirse comprando nuestro número

ALMANAQUE para 1929

¡Una peseta estabilizada! ¡Una sola peseta! ¡¡UNA PESETA!!

BAMBALINA

DIABLAS Y TRASTOS

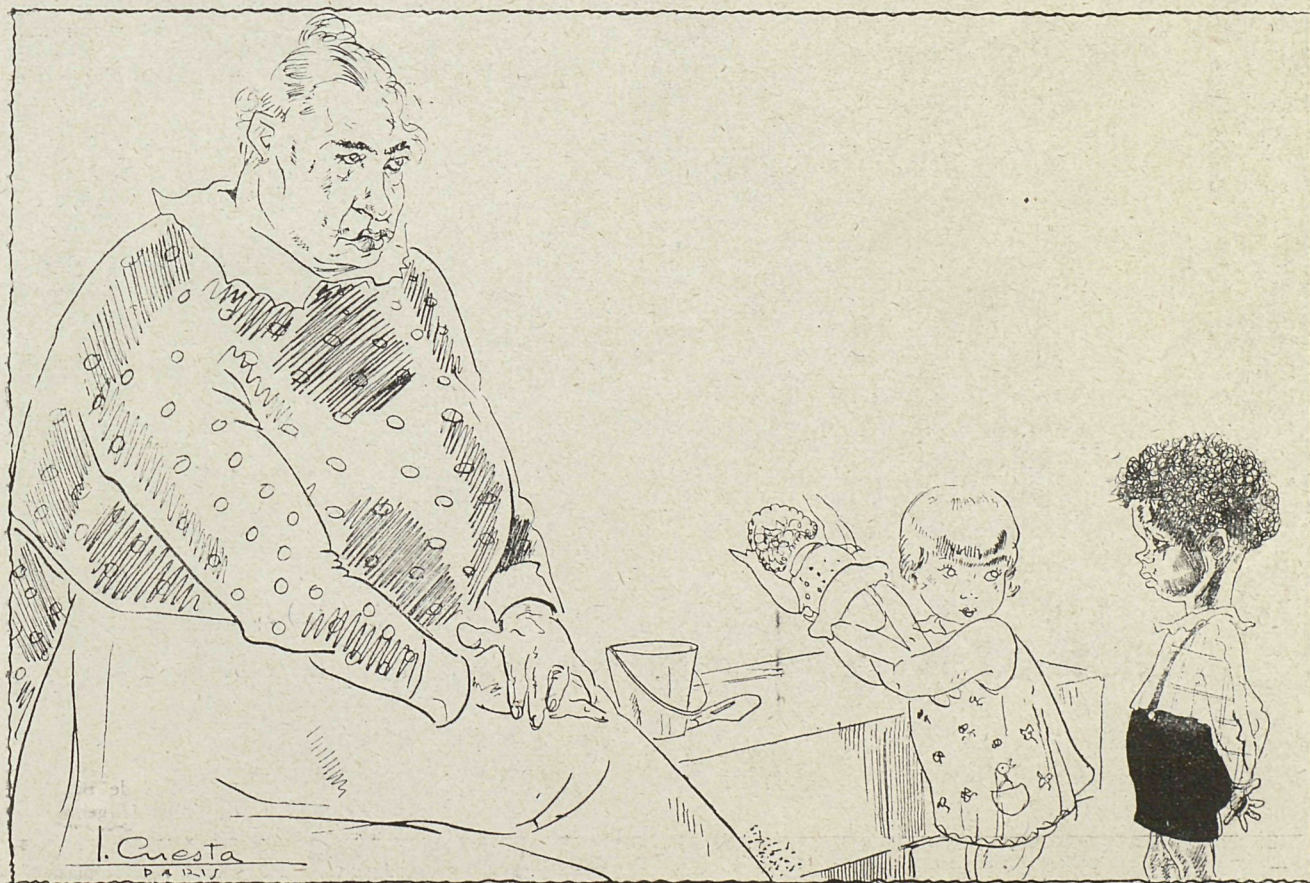
Las cien mejores escenas de nuestra dramaturgia

TROZOS DE ARDAVIN

No se asusten los amigos ni se esperancen los cronistas: no es que hayamos hecho migas al autor de "Doña Diabla" y vayamos a servirles unos trozos. Es que... Nos explicaremos. Nosotros, en las grandes festividades, queremos obsequiar a los lectores con regalos extraordinarios y dignos de la solemnidad.

Claro que nosotros nos volcamos del todo cada vez que cogemos la pluma, sea en esta época excepcional o sea en otra. Para nosotros todos los días son festivos, completamente festivos, y no destaca, por lo tanto, en nuestro calendario ni esta fecha ni la otra con caracteres especiales de festividad. ¡Jamás! ¡Pues bueno fuera!

El calendario es la única hoja periódica que no podemos aguantar: es de una crueldad abominable. Para un día festivo que anuncia, nos anuncia seis de trabajo... Así resulta que el día festivo se tiñe de rojo; claro: la sangre que nos ha costado llegar a él a través de toda la semana de días negros, impresos



La niña (al negro).—No te la dejo, porque tienes las manos sucias.

Dib. CUESTA.—Paris.

en tinta negra, de lo más negra que existe.

Nosotros somos festivos todo el año. El único recurso que nos queda en estos días consiste en reforzar nuestra festividad crónica o perpetua, con objeto de que festivice más aún la ya festiva existencia del planeta.

Por eso la sección de "Bambalinas" se lanza en busca de autores. No de un autor, ni de seis, ni de diez

y seis: de ciento. El ciento nos parece cabalístico y redondo; justo y cabal y adecuado para esta Dinamarca del Teatro.

El año pasado hubimos por ahora de festejar también la entrada y salida de año, recurriendo también a los autores a fin de que nos dieran alguna escena inédita de alguna comedia suya. Las "primicias" creemos le llaman a eso, palabra que viene de "primo", y que no sabemos

si alude a los espectadores o a los propios dramaturgos que han hecho el primo en gordo si se han tomado el trabajo, al escribir la escenita, de tomarlo en serio.

Nada más natural para festejar la entrada y las entradas del año y la salida, que recurrir a los Ases que se ganan, por serlo, todas las bazas y nos dan tute a los demás—tute de ases: el tute inexpugnable—, consiguiendo con las salidas las entradas.

El año pasado, pues, recurrimos por ahora a las dos cabezas del Teatro hispánico de hoy día: a don Jacinto Benavente y a don Antonio Azorín.

Este año nos hemos dirigido a don Luis Fernández Ardavín y a don Manuel Linares Rivas.

La escena de don Manuel Linares Rivas aparecerá en el Almanaque. Es algo maravilloso: ¡qué valentía en la tesis!, ¡qué conocimiento del Código!, ¡qué agilidad en la réplica!, ¡qué... gallego en la habilidad!... Es la escena un verdadero "hors d'œuvre", como creemos que le llaman a eso los latinos.

En el número de hoy va, como pueden saborear nuestros lectores, una escena o—para hablar con más propiedad—dos trozos escogidos de la obra que Fernández Ardavín tiene en preparación, "Chisperos y fakires".

Es una obra—nos ha dicho Fernández Ardavín—en la que continúa ese género de obras cíclicas o de circunvalación que ya he iniciado con "La canción del puerto" y con "Flores y Blanca Flor". En esta el itinerario viene a ser Cibeles-Constantinopla-Indochina. Es un teatro en el que parangono las glorias de nuestra nación con las demás glorias del mundo. Un teatro que pudiera llamarse El Teatro del Turismo. (Hay Suplemento de butaca, q Butacas de Suplemento, por si se ocupan todas las butacas fijas, que es lo fijo.)

Un muchacho madrileño, de la aristocracia madrileña, que ha ido a Benares a un campeonato de hockey, se enamora de dos princesas; ellas quieren que él haga el indio y se quede; pero él prefiere traérselas a Madrid; y como el chico se las trae, va y les dice, entre otras cosas, lo que sigue:

Yo te diera, Floraima, berilos del [Oriente;]
yo te diera, Lilaila, panteras de Bengala;
pero soy de Madrid, donde la gente
regala el corazón cuando regala.

¡Amos, anda!, y veniros a la plaza de [Oriente;
no hay oriente mejor para perla castiza;
para esa perla de Madrid que, de repente,
dice "la órdiga" y "atiza".



El.—Esta noche no sé si iré a cenar a casa; ya te mandaré una carta diciéndote el motivo.

Ella.—No, no te molestes; la he visto ya en tu americana.

Dib. ALLOZA.—Bilbao.

De Bengala las luces, pero no las pan-
[teras;
del Oriente, la plaza—que está en el occi-
[dente,
en el extremo opuesto de oriente—no
[preferas.
Lilaila, esas bobadas que prefiere la
[gente...

Yo te diera kasidas y talmudes,
y Averroes, y Budas, y Avicenas;
pero nací en los altos de Mahudes,
en noches de Tío-Vivo y de verbenas,

y a mi honor de español, nada prefiero;
por eso doy torraos y cacahueses,
porque soy español y no extranjero:
¡fuera plata Christophe ante plata Me-
[neses!...

También sale Velázquez. Bueno
está que cantemos las glorias, pero
que no se nos vayan, con las glorias,
las memorias. Yo procuro dedicar en
cada obra unos versos a la memoria
de algún antepasado glorioso. Voy a
formar un Panteón de Hombres
Ilustres. Ya tengo al Greco, a Es-
pronceda, a Bretón; últimamente
exhumé a Goya... García Lorca me
quitó, en "Mariana Pineda", a To-
rrijos. ¡Qué lástima! Con Torrijos,
que yo hubiera escogido; con Veláz-
quez, que ya está hecho, y con Par-
diñas, que haría, estaría completo el
recorrido.

Vean lo que dice Velázquez en la
obra:

Pinté enanos, bufones, reyes, dioses y
[Cristos;
meninas y mononas, lebreles y escopetas;
y, triunfando de todos, los torpes y los
[listos,
gané muchos laureles y muy pocas pe-
[setas.

Pinté cotos de caza, la Sierra en le-
[janía,
y príncipes hidalgos con perros a los
[pieses;
pero como otros perros—metálicos—no
[había,
unos meses comía y ayunaba otros meses;

pues yo, pintor de encinas igual que de
[Olivares,
anduve siempre escaso del maldito dinero;
por eso me da rabia y me produce achares
que luego gane tanto Moreno Carbonero.

Pero tengo una calle de tipo bulvar,
por donde va un tranvía que le llaman
[“cangrejo”,
y él pregon a su paso mi gloria sin cesar:
¡la gloria de una Venus que se miró al
[espejo!

Nosotros aplaudimos y firmamos lo
que nos corresponde.

MANUEL ABRIL

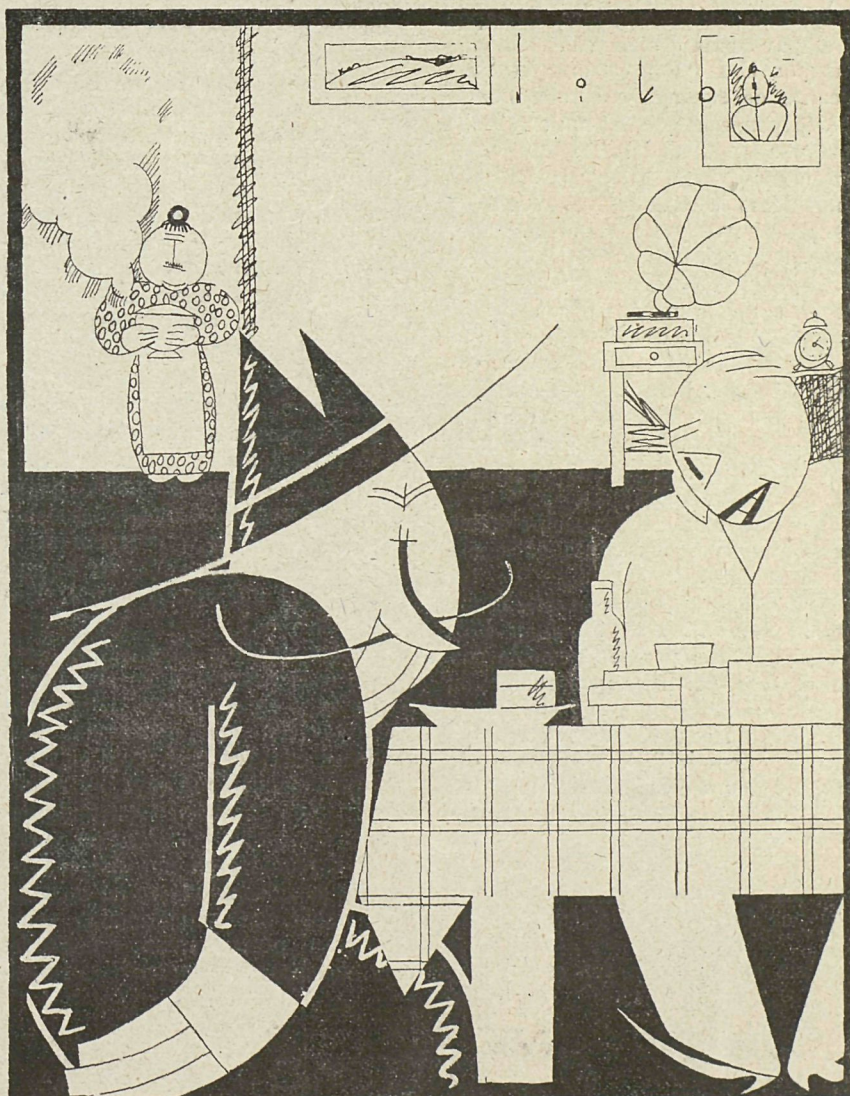
Peleterías Zumel-Carmen, 7

Juan Fernández, adúltero

Juan Fernández odiaba a la Mu-
jer. ¿A la Mujer con mayúscula?
Tal vez sea exagerado decir tanto.
Vamos a poner que odiaba a las mu-
jeres.

Las odiaba, sí. El sexo contrario
era para él un motivo de constantes
irritaciones, de iras que llegaban al
paroxismo cuando a sus teorías se
oponían otras en una discusión entre
amigos. Y no es que las odiase por-
que su naturaleza repeliese la Eva
descubridora de la fruta prohibida,
sino que como buen español—pues

Juan Fernández no podía negar que
era español—tenía un concepto atra-
sado y rutinario de la vida. El, ca-
tólico, apostólico y alavés, que es co-
mo decir dos veces católico y otras
dos apostólico, tenía como único cre-
do la ley de Dios. Claro está que no
era la ley mosaica promulgada en el
Sinaí, sino las explicaciones dadas de
ella, desde los Santos Apóstoles a
nuestros días, con todas las acotacio-
nes caseras que se han puesto en las
diarias discusiones con el familiar des-
creído. No se puede decir que fuera,



—Cuando estuve en Alemania compré una momia egipcia auténtica.
—¿Y dónde la compró usted?
—En un almacén de novedades.

Dib. Niro.—Madrid.

como tantos otros, un católico tibio en el fondo, sino que era de lo más fervoroso y herméticamente cerrado. Quizás si le preguntasen detalles de su religión no sabría pasar de las contestaciones del Padre Astete, pero en cuanto a opinión tenía una lo suficientemente fuerte para no necesitar ninguna más. Los puntos principales de la religión eran artículo de fe. Había que cerrar los ojos y creer. Y él cerraba los ojos y creía, pero los cerraba tan apretadamente que puede decirse que no había llegado nunca a ver nada.

El admitía, desde luego, que Dios había inventado las vacas para dar buena leche y carne que desarrollara el ejercicio de la dentadura. El capón y el pavo eran los animales designados por Dios para celebrar el cumpleaños de su hijo, etc., etc. Por lo tanto, pensaba que la mujer, hecha con una costilla del hombre, debía ser su compañera, su complemento, la que cuidara la casa, la que diera a luz los hijos suyos y los atendiera, como debía cuidarle también a él, de natural adánico, o sease un poco Adán. Pero la mujer moderna con ínfulas de emancipación, olvidada de que dependía de una costilla masculina, esclava de la moda y presentándose como objeto de lujo y de placer del hombre, sin haberlo comprobado nunca en los textos, le parecía la inmunda bestia del Apocalipsis.

Con esta manera de pensar había llegado célibe a los treinta años, naturalmente.

¡Quién había de decir que, a pesar de tales antecedentes Juan Fernández acabaría por ser conocido como el más pertinaz perseguidor de aquellas mujeres que detestaba!

Todos al leerlo dirán: "¡Claro, así tenía que ocurrir!". Y hasta creo oír como refuerzos a su afirmación: "No se puede decir de este agua no beberé". Y el clásico

"Ya le comen, ya le comen por do más pecado había".

Y, sin embargo, no fué ese el mo-

tivo. Bastó para hacerle cambiar por completo de opinión el tropezar en su camino con la mujer que él se había forjado como ideal, es decir, con su Mujer; esta vez sí, con eme mayúscula.

La encontró casualmente, aunque él creyó en los primeros momentos, ciego de ilusión, que era el brillante en el fango y su brillo había sido lo único que le hizo reparar en ella.

Era seria; bien barnizada de educación; iba a misa; apenas se daba polvos para que no brillara la nariz; cuando reía no enseñaba la glotis, ni la parvedad del vestido por arriba y por abajo permitía que se vieran más detalles de su interior que los estrictamente necesarios para no llamar la atención por extravagante. Creía que el feminismo era una enfermedad y no había visto nunca más partidos de fútbol que esos que amenazan e irritan al transeunte en plena vía pública. Era una perla, o si agrada más la anterior imagen de joyería, era un brillante que, a pesar de las necesarias facetas, sólo tuviera una cara. Una cara que si como dicen la cara refleja el alma, ésta correspondía a un alma tranquila, plácida, recta.

La conoció y se enamoró de ella; mejor dicho, no le hizo falta enamorarse. Comprendió que era la mujer como él la soñaba; la que era como debía ser, la que él podía querer y con un concepto rígido del deber, pensó sin pensarlo, que si era así la que él debía querer esa era y no más la que tenía que ser su esposa. Y se casó con ella.

Ese fué su error. Mientras la deseó, el deseo le acompañó en sus noches solitarias y en el trabajo de sus días. Mientras fué una entelequia, pensando en ella, fué feliz. Pero en cuanto hecha realidad fué suya, en cuanto consumada la posesión total pudo detenerse a pensar un poco, en cuanto tuvo reunidas en una persona todas las cualidades que en su imaginación había ido amontonando como si fueran otras tantas dificultades para encontrar una mujer para su sol-

tería, empezó a menospreciar, a no estimar en lo que creyó que valían aquellas mismas cualidades con las que se forjó su tipo. Y en el acto, puesto que el compendio de perfecciones ya era suyo, empezó a echar de menos las imperfecciones, es decir, todo lo que le faltaba.

En tanto no tuvo nada se conformó con lo que creía querer; en cuanto lo tuvo, que así somos, quiso todo lo demás que no tenía.

Entonces comprendió que lo mejor de la mujer no es lo que nos da sino lo que esperamos de ella, y eso se acaba en cuanto termina la espera. Y en esa pendiente, él que de soltero no había traicionado nunca a su ideal, engañó a su mujer con aquellas otras provocativas que parece que todo lo ofrecen y, en realidad, lo que hacen es tomarlo todo.

Unos dijeron: "El que no la corre de soltero..." Otros, de más edad, pensaron que era falta de ponderación y que se le pasaría en cuanto se convenciera de que con pequeñas diferencias todas las mujeres son iguales.

Pero Juan Fernández, buen español, católico, apostólico y alavés, que es igual que decir sano de cuerpo, buen comedor y bebedor y tranquilo de espíritu mientras haya un confesor comprensivo que en nombre de Dios perdone los pecados del mundo, el demonio y la carne, gozaba del sibilismo que sólo disfrutaban los monjes de los siglos opulentos y miríficos primeros de nuestra Edad Moderna: el de creer que todas las mujeres son iguales; pero no afirmarlo hasta convencerse, porque en el fondo sabían (con la ayuda divina se sabe todo) que si después todas son semejantes, antes son adorablemente distintas, por ajenas, por deseadas y por desconocidas.

LUIS FERNANDEZ-CANCELA

Peleterías Zumel-Carmen, 7



Del buen humor ajeno

LOS GUANTES DE BEATRIZ, por Jean Bonot

Gustavo tenía una vecina encantadora. Pero esta vecina, linda, elegante, adulada, ricamente entretenida, ignoraba a Gustavo, pálido e insignificante, empleado en las Galerías Ultramodernas.

Jamás se había dignado ella dirigirle la menor sonrisa, ni la más rápida mirada. El, por el contrario, no pensaba más que en ella durante el día, y por la noche se extasiaba ante el recuerdo de la deliciosa Beatriz de Entrepont.

Por estrecharla entre sus brazos, hubiese dado su vida; por un beso, estaba pronto a sacrificar sus ahorros espléndidamente; por último, hubiese pagado con gusto cincuenta francos por la humilde alegría de hablarle y de oprimir su mano gorduzuela.

¿Cincuenta francos? ¿Y por qué no?... Era una locura que podía permitirse. Pero, ¿cómo, aun a este precio, provocar un encuentro?

Un acontecimiento que pasó inadvertido a todo París le procuró el medio. Gustavo, una bella mañana, abandonó los chalecos de caballero para pasar a la sección de guantería. La pasión hace ingeniosos a los hombres, y nuestro buen Gustavo sabía por experiencia con qué rabia frenética las mujeres, hasta las más tranquilas, se disputan y arrebatan los artículos sacrificados a la diosa Reclamo.

Decidió atraer a la dama de sus pensamientos.

Con ayuda de un impresor, modificó un catálogo, y después fué a echarlo por debajo de la puerta de Beatriz.

La bella lo cogió, y algunos minutos después, extendida sobre un diván, lo ojeó mientras fumaba indolente un cigarrillo.

De pronto se quedó perpleja y exclamó:

—¡Oh, maravilla! El guante Ural, el último grito de la moda, bordado en oro, el verdadero guante Ural de piel de cabritillo nacido muerto, el guante lujoso que se vendía en todas partes a 99 francos 50, iba a ser, el 15 de diciembre, sólo por ese día, ofrecido a la clientela de las Gale-

rias Ultramodernas al precio inverosímil de 49 francos...

Beatriz de Entrepont no podía desaprovechar la ganga.

El 15 de diciembre, a las diez de la mañana, su limusina se paraba delante de la puerta de las Galerías...

Sonriente y resuelta, se dirigió a la sección de guantería, en donde Gustavo la esperaba. El muchacho estaba, no hace falta decirlo, lleno de alegría, pero muy turbado.

Ella aceptó, desdenosa, la silla que él le acercó...

—¿Qué desea usted, señora?

—Enséñeme usted algunos guantes Ural.

—De la medida menor, sin duda, ¿verdad?

Por toda respuesta, de un pesado abrigo de pieles, sacó ella su brazo desnudo, con aro de oro y piedras.

Gustavo se apoderó, teblando, del puñito que se le tendía.

—¡Fué un minuto exquisito!... Ella

estaba allí, delante de sus ojos; podía Gustavo respirar su perfume cáldido y tocar su piel tan blanca, tan fina, tan satinada...

¡No! No se arrepentía de ningún modo de su ocurrencia... Los cincuenta francos que tenía que entregar al hacer el pago estaban bien empleados.

La prueba se prolongó...

Pero todo tiene un fin, y las cosas buenas parece que se acaban antes que las otras.

Dichosa de su buena compra, Beatriz se levantó...

Pero, ¡ay! Antes de marchar lanzó a su admirador estas palabras, que cayeron sobre su corazón como una ducha helada:

—Realmente, son buenos estos guantes... Me enviará usted veinte pares.

G. P.



El autor.—Sí; yo marchó muy bien. Hago los chistes y mi mujer hace los dibujos.

El pintor.—Lo contrario de lo que me sucede a mí. Yo hago los dibujos y mi mujer hace los chistes a costa de ellos.

(De The Passing Show.)



Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en uno aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes".

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR

FOTOGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

—¿Qué funcionario del Estado mata más que un verdugo?

—El encargado de Correos que está para *matar* los sellos. Un sastre oscense.—Huesca.

—Tenga usted lástima de un pobre ciego cargado de familia.

—¿Cuántos hijos tiene?

—No lo sé, señor... ¡Como no los veo!...

Quique.—Madrid.

—¿Qué diría la mujer de un guarda-agujas si su marido se muriera?

Presencia siempre Presa

La ballena, rey del mar;
rey de la tierra, el león;
rey de la comodidad,
el soberano corsé
que se vende en Fuencarral,
número setenta y dos.

—Que había perdido el alfilerero.

R. L. G.—Oviedo.

Semana Santa sevillana.

—Compare, ¿por dónde va ahora el Santo Entierro?

—Por la calle de Sierpes.

—¿Cuándo pasará por la Campana?

—Dentro de un cuarto de hora.

(No me negarán ustedes que esto me lo publican y por ende me lo premian, y hay tío que hasta mientras lo estén *duchando* en el manicomio de Miraflores, le está buscando el doble sentido que no tiene.)

Emilio Mascort.—Sevilla.

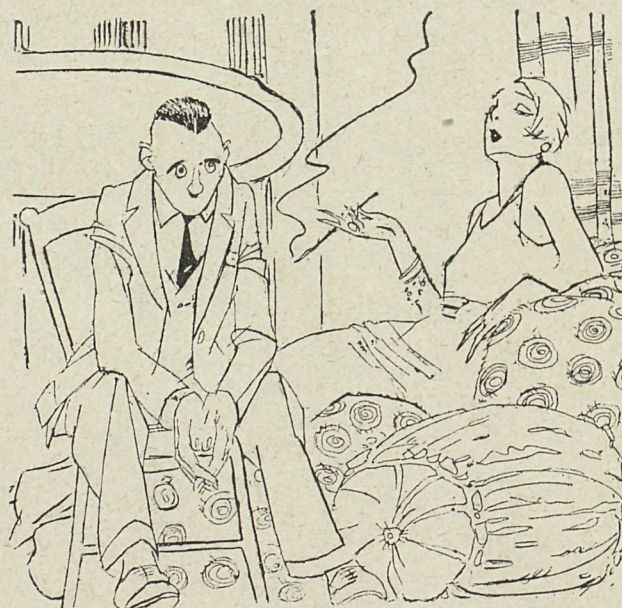
El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido declarado desierto.

PASTILLAS DE CAFE Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO



El.—Tú tienes dos millones y yo no tengo nada... ¿Te casarías conmigo?

Ella.—No.

El.—Ya lo sabía...

Ella.—¿Sí?... Entonces, ¿para qué me lo preguntas?

El.—Para ver lo que se siente perder dos millones en un segundo.

(De Excelsior.)

SIEMPRE NOVEDADES

Roa Monterá, 45
Tel. 16830

Acertar a ojo.

En vísperas de contraer matrimonio sufre Manolico un examen de Doctrina cristiana.

El cura.—Vamos a ver, arróllate.

Manolico.—Sí, señor pare cura.

El cura.—Vamos a ver, hijo mío, ¿quieres decirme cuántos Dioses hay?

Manolico.—Pus misté, pare cura; pa mí que son ocho.

El cura.—¡Hombre, pues lo has acertado!

Manolico.—¡Jolín! ¡Pus, lo he dicho a ojo, pare cura!

Pedro Carrero.

Para jardines, Valencia;
para tortas, Alcalá;
para castizo, ROMERO,
"as" de la electricidad:
el popular *Romerito*
de la calle *Fuencarral*.

El Domingo de Ramos:

El caballero (al chico que le había llevado la palma a casa).

—Vuelve después, que no tengo suelto.

El chico vuelve después de una hora y sale la criada:

—¿Qué deseas?

El chico (que no sabe qué contestar).—Haga el favor de decirle al señor que está aquí, el niño de la palma.

Ramón Caselas.—El Ferrol.

—¿Cuál es el colmo de un tenor afónico?

—Comprar *La Voz* por diez céntimos.

Rafaelete.—Melilla.

Ayuntamiento de Madrid

El señor, a su mujer:

—Acabo de comprar un nuevo Rubens.

—Ya era hora. El que tenías era ya un poco viejo.

W. B. V.—Barcelona.

—Lo siento mucho, caballero, pero el señor se ha olvidado de dejarme dinero para esa cuenta.

—¿Cómo sabe usted que se ha olvidado?

—Porque así me lo dijo él cuando salió de casa.

Vicente de Castro.

Ciudad L. Neal.

En la feria de Córdoba se presentó a Pepe el Raspa a un joven con la pretensión de comprarle un burro para silla que reuniese ciertas cualidades.

—Mirusté — decía el gitano mostrándole uno —; en tóo er campo de Córdoba se encuentra uno mejó.

—Si—contestaba el comprador—; pero yo quiero uno de más talla.

—Vea osté éste, que e un grano d'oro y má grande que un trasarlántico... No le farta má que jablá.

—Tampoco me gusta; tiene el pecho muy angosto.

—Pos aquí tié osté éste, home, que pué servir pa tóo menos pa cosa e letra.

—Tampoco es de mi agrado.

—Oigasté, compare—dice el gitano, ya cansado—; si este burro no e bueno, vayasté a que su pare y su mare le jagan uno a su gusto.

Rosario Viedma.—Madrid.

Entre anegas:

—Ya me he enterado. Totó, de que has roto con Ricardo.

—¿A qué obedece esa ruptura?

—Pues porque mi papá no lo veía con buenos ojos... Era "bizco".

Julián M. Pascual.

Examen oral:

El profesor.—Veo que cavila usted mi pregunta.

El alumno.—No, señor, no es la pregunta... Es la respuesta.

Dos primos.—Madrid.

El nuevo rico en casa del médico.

—Vamos a ver, ¿qué tiene usted?

—Pues mire, tengo el estómago hecho polvo.

—¿Qué siente usted?

—Siento unos ardores y unos agores tremendos...

—Eso es acedias.

—¿Cá! Eso hace meses que lo tengo.

Angel del Castillo.

Entre amigos:

—¿Y de qué medio vas a valerte para cobrar lo que te debe Gutiérrez?

—Pues muy sencillo. El día que le encuentre, sacaré la pistola y le amenazaré con dispararle si no me paga. No hay más medio que ese.

—Creo que es un medio duro.

—¿Qué... qué... e... e... res... tam... también... tar... tar... ta... ta... mudo? — replicó el cura.

—Si... sí... se... se... se... ñor.

—¡Pw... pu... pues... mi... mi... sa... te... ne... ne... mos... pa... pa... rato!

Tremendo.—Madrid.

Tomando declaración a un gitano que ha estado presente a un asesinato:

—Y usted, ¿qué es lo que vió?

—Las estrellitas der cielo.



—Este sitio es ideal. He cogido ya cinco piezas.

—¿Desde esta mañana?

—No. En tres años.

(De The Passing Show.)

—¿Es que me debe diez reales!

—Te digo que es un medio duro.

El carbonero.—Madrid.

—¿Cómo es eso?

—Sí, señó. Fué porque al armarse la pelotera me dieron una gofetá que me dejó sin sentido.

Antonio Laguna.
Sanlúcar la Mayor.

En una mercería:

—¿Qué clase de botones tiene usted?

—Ninguno, señora.

—Pues sí que me extraña bastante.

—La cosa tiene fácil explicación. El último que estuvo en esta casa se ha marchado a Madrid; y como no he podido encontrar otro, resulta que ahora me hallo sin "botones".

José María Cagigal.





CORRESPONDENCIA

MUY PARTICULAR



Valiente. (Madrid.)

En efecto; es necesario ser *Valiente* como tú, para hacer ese *Diario*, que es igual que hacer el bu.

¡Valiente *Diario*, amigo Valiente! ¡Si todos los diarios fueran lo mismo, no se vendía un periódico en todo el Universo!

F. L. T. (Burgos.)—Es una sandez de lo más rotundo e indiscutible que ha entrado por nuestras puertas.

P. E. N. (Barcelona.)—Hace mucho frío, sí, señor; pero no nos da la gana de que sea usted el encargado de dar esa mala noticia a nuestros lectores.

Casa Moisés
GRANDES FANTASIAS
Fábrica de guantes piel
Fuencarral 74; Torrijos, 23

Vivales. (Madrid.)—Si el protagonista de su cuento era tan listo que no quería hacer versos a la novia, ¿por qué usted no ha procurado ser más listo que él, renunciando a hacer prosas al protagonista? ¡Terrible misterio que nos ha disgustado mucho!

Crescencio. (Toledo.)

Querido amigo Crescencio: para ser buen escritor, no hay que ser tan *indecencio* ni tan bruto, ¿no, señor!

José Boto. (Madrid.)

Colega D. José Boto: por razones de gran peso, sus cuartillas hemos roto ¡y ya no hay que hablar más de

decirse que se aguante usted y que se dedique a otra cosa que le dé menos disgustos y algo más de calderilla.

Tulito. (Cádiz.)

Se admitió su articulo.
¡Enhorabuena, Tulito!

B. N. M. (Madrid.)—Lo de usted no sirve para nada. Reciba nuestro pésame, que suponemos que a usted no le servirá para nada tampoco.

C. R. F. (Alcalá.)

Es *usté* un burro tremendo, formidable, inmenso, horrendo. Nos estamos convenciendo según le vamos leyendo.

E. O. S. (Salamanca.)—Es una de las tonterías más largas que hemos tenido que aguantar en nuestra dilatada y experimentadísima existencia.

R. V. E. (Madrid.)—Su *Cesante famélico* tampoco tiene colocación en nuestras páginas. Y como no tiene colocación en ninguna parte, ¿por qué no le

pega usted un tiro, y así acabará de sufrir de una vez?

F. L. R. (Madrid.)

Sus cuartillas, algo idiotas, ya están en el cesto rotas.

D. E. H. (Tarragona.)

Los versos de este señor, si uno es malo, otro es peor.

S. N. C. (Almería.)

Su artículo *La caraba*, mal empieza y mal acaba.

Don Amable (Madrid.)

Lo de usted es infumable, mi querido Don Amable.

Cisco (Torrejón.)

¡Pues anda que este espontáneo [neo] es para partírle el cráneo!

M. F. P. (Bilbao.)

¿Que usted dirige sus pasos hacia el templo de Minerva? ¡Dios le libre de fracasos;

no ocurra lo que en mil casos: que acabe comiendo hierba!

Flora (Madrid.)

Si su novio no la adora y flirtea con Luisita con contumacia traidora, no haga caso, amiga Flora, ¡ni haga versos, señorita!

C. N. T. (Madrid.)—¿Otro golpe a la capita de la Cibeles? ¡Que se ha creído usted eso!

E. I. A. (Burgos.)—Comprenderá usted que confeccionar un artículo para contarnos la novedad de que en Burgos hace bastante fresco en esta época, no vale la pena de que nos enfademos siquiera. Siga usted por ese camino, y en el próximo agosto confiamos en que nos apabullará usted con el descu-

Para camisas a la medida
Madrid - Viena
Montera, 41, MADRID

brimiento sensacional de que en Sevilla están sudando como pollos peras.

Aristarco Campanilla. (Santa Cruz de Tenerife.)—No sirve.

F. P. A. (Castellón de la Plana.)

No habrá en todo Castellón un gachó tan insensato como el pobre literato al que se hace esta alusión.

Timoteo. (Cuenca.)

¿Usted cree que hay derecho, compañero Timoteo, a hacer eso que *usté* ha hecho, y a mandarlo por correo?

Porque si usted lo cree, hace usted muy mal, porque no le hay.

Vicente (Valencia.)—Sus distinguidos *monos* han sido aceptados en un momento de debilidad, es decir, antes de comer. Pero el caso es que han sido aceptados, que es lo que a usted le interesa principalmente. Enhorabuena.



—¿Y esa botella es el único consuelo que le queda en el mundo?

—No. Tengo otra en el bolsillo.

(De *Fantasio*, París.)

Ayuntamiento de Madrid



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

Talleres de PRENSA NUEVA. Calvo Asensio, 3.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR



El director.—He leído el artículo de fondo que ha escrito. Está escrito con los pies, así que desde mañana...

—¿Me despide, señor director?...

—... desde mañana se encarga de la sección de fútbol.

Ayuntamiento de Madrid